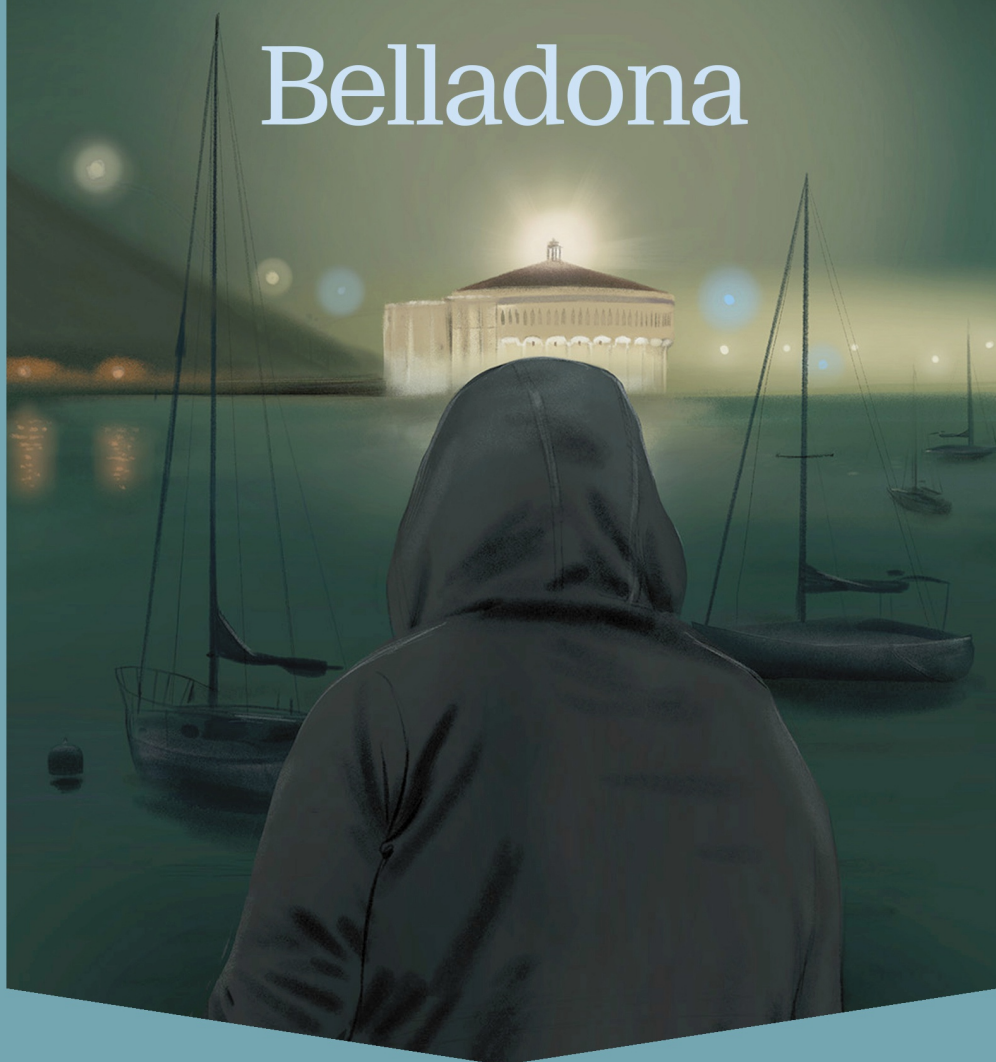


# Michael Connelly

## Belladonna



AdN

**Michael  
Connelly**  
Belladonna

Traducido del inglés por Javier Guerrero Gimeno

**AdN**

Título original: *Nightshade*

Primera edición: noviembre de 2025

Diseño de cubierta: Compañía

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2025 by Hieronymus, Inc.

© de la traducción: Javier Guerrero Gimeno, 2025

© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 979-13-87596-21-7

Depósito legal: M. 14.352-2025

Printed in Spain

*Para Callie*



La capa de niebla era tan espesa como algodón y había formado un muro de trescientos metros que amortajaba el acceso al puerto. El *Adjourned* llegaba tarde y Stilwell lo esperaba en su John Deere Gator junto al muelle de repostaje, detrás del Casino. El puerto estaba casi vacío. Las boyas de amarre rojas y naranjas flotaban libremente, alineadas sobre una superficie plana como un cristal. Stilwell sabía que, en cuanto se disipara la niebla, empezaría a llegar los habituales del fin de semana. Desde capitanía de puerto se había informado de que todos los amarres estarían ocupados durante el primer fin de semana largo del verano. Stilwell estaba preparado.

Oyó que otro vehículo se detenía detrás del suyo. Un carrito eléctrico. Lionel McKey no tardó en sentarse en el asiento del copiloto, junto a Stilwell.

—Buenos días, sargento —dijo—. Suponía que te encontraría aquí. ¿Esperando el *Adjourned*?

—¿Qué puedo hacer por ti, Lionel? —preguntó Stilwell.

—¿Algo que comentar sobre las mutilaciones en la reserva? Tengo cuatro horas hasta el cierre.

—Mutilación, no mutilaciones. Una mutilación. La investigación continúa y no tengo nada nuevo de lo que informar ahora mismo. Cuando llegue el momento, serás el primero en saberlo.

—¿Es una promesa?

—Es una promesa.

Una sirena sonó entre la niebla y recalcó la respuesta de Stilwell. El sargento supo por el tono que el Catalina Express estaba a punto de surgir de la niebla. Le gustaba ir a ver las llegadas y contar el número de turistas que acudían creyendo que el Casino era un casino, solo para descubrir que en realidad era un gran salón de baile y un cine. Lo hacía casi todas las mañanas que tenía libres. Pero ese día recibir al Adjoined era más importante que contar pardiños.

—Dime, ¿qué vas a poner en el periódico? —preguntó.

—Bueno, no mucho —dijo McKey—. No quiero parecer idiota, la verdad.

—Me parece prudente.

—¿Por qué? ¿Sabes algo?

—No, pero está bien que uses el sentido común, Lionel. ¿En serio crees que fue un encuentro con extraterrestres?

—No, la verdad es que no.

—Pues ahí lo tienes. ¿Cuál es tu hora límite?

—Las dos.

—Si algo cambia antes de esa hora, me aseguraré de hacértelo saber.

—De acuerdo, gracias. Estaré en el *Call*.

—Y tengo tus números.

—Buen fin de semana.

—Ya veremos, será movido.

—Claro. —McKey bajó del Gator y volvió a su carrito eléctrico.

Mientras se alejaba, Stilwell vio el logotipo del *Catalina Call*, con las dos ces unidas, pintado en el panel lateral.

Al cabo de unos segundos, la proa del Express se abrió paso a través de la capa de niebla y se dirigió hacia la terminal de transbordadores, al otro lado del puerto.

Siguiendo su estela, unos cincuenta metros por detrás, iba el *Adjourned*. Había sido una decisión inteligente seguir al barco más grande a través de la niebla en lugar de entrar a ciegas. El capitán y la tripulación del *Express* contaban con los instrumentos de navegación más modernos.

El *Adjourned* era un Viking 35 de cuarenta años. El juez Harrell lo mantenía limpio y bien cuidado. Era blanco, con un característico ribete azul y una lona a juego sobre las ventanas del salón. Stilwell vio que enfilaba la primera calle de amarres, pasaba el muelle flotante detrás del Black Marlin Club y llegaba a la última boya naranja. Harrell apagó los motores y usó un bichero para enganchar el cabo debajo de la boya. Llevaba un traje de neopreno, lo que le indicó a Stilwell que no necesitaría un bote para ir a recogerlo. El juez amarró el barco con rapidez, luego bajó a la popa lanzada y saltó al agua fría.

Stilwell salió del *Gator* y fue a abrir la caja de almacenaje de la parte trasera. Sacó dos toallas a rayas verdes y blancas y colocó una de ellas sobre el asiento del pasajero. Para cuando terminó, Harrell ya estaba subiendo la escalera hacia el muelle de repostaje.

Stilwell le lanzó la otra toalla.

—Parece que hay una buena niebla, señorita —dijo.

—He usado el *Express* de lazarillo —explicó Harrell. Antes de subir al *Gator*, se secó el traje de neopreno y se cubrió la cabeza con la toalla.

—Lo he visto —dijo Stilwell—. Bien jugado.

—De todos modos, lamento llegar tarde —repuso Harrell—. He llamado a Mercy y ya lo ha preparado todo.

Harrell se sentó en el vehículo sobre la toalla que Stilwell había extendido.

—Sí, señorita —dijo Stilwell—. Solo unos cuantos altercados de borrachos y uno precario.



—Hábleme del precario —pidió el juez.

Stilwell rodeó el Casino para dirigirse al juzgado de la ciudad.

—Bueno, técnicamente, es un robo en una vivienda ocupada y con agravante por arma de fuego —contó Stilwell—. Pero la persona que vive en la casa es la exnovia del sospechoso y él asegura que estaba robando su propia Glock, porque tenía miedo de que la mujer pudiera hacerse daño con el arma.

—Qué noble —dijo Harrell—. ¿Conoce a ese hombre?

—Kermit Henderson, nacido y criado aquí. Trabaja en el campo de golf; corta el césped y hace trabajos de mantenimiento. La novia es Becki Trower, también de la isla. Estaba pensando que tal vez su señoría podría ofrecerle un acuerdo como el de Sean Quinlan y que nos haga mantenimiento en la comisaría. Sobre todo, porque Sean está terminando de cumplir condena.

—De acuerdo, lo escucharemos. Si no hay nada más, puede que vaya a pescar más tarde.

—También está esto.

Stilwell se inclinó hacia delante, metió la mano en el bolsillo trasero y sacó el documento que esa misma mañana había impreso y doblado a lo largo para que le cupiera. Se lo entregó al juez, y este lo desplegó y empezó a leer.

—Orden de registro —dijo Harrell.

Se quedó en silencio al leer el resumen y la declaración de causa probable. Luego negó con la cabeza; no porque no estuviera de acuerdo con nada de lo que había leído, sino porque lo exasperaba.

—¿Tiene un bolígrafo? —preguntó.

Stilwell sacó uno del bolsillo de la camisa y se lo entregó a Harrell. El juez garabateó su firma en la línea correspondiente y le devolvió el bolígrafo y la orden al sargento.

—Hace mucho tiempo que dejé de intentar comprender por qué la gente se hace daño —dijo Harrell—. Pero la crueldad con los animales todavía me afecta. Si este tipo hizo lo que sospecha, más le vale que encuentre un buen abogado y que el caso no me toque a mí.

—Lo entiendo —repuso Stilwell—. Me pasa lo mismo.

Al cabo de unos minutos, estaban en el complejo judicial de Sumner Avenue. Stilwell y Harrell entraron en la comisaría del sheriff, donde el juez guardaba su ropa y su toga negra en una taquilla. Stilwell abrió los calabozos para que Harrell pudiera usar la ducha y vestirse para ir al tribunal. Kermit Henderson, sin recursos para pagar la fianza, estaba en una de las celdas. Observó el paso del juez, que fue dejando huellas mojadas en el linóleo gris.

Stilwell no vio a Sean Quinlan por ninguna parte. Le envió un mensaje de texto para pedirle que fregara el calabozo después de que el juez terminara de ducharse y vestirse. Sería su última tarea, ya que el magistrado estaba dispuesto a poner fin a su libertad vigilada.

Stilwell entró en la sala del tribunal y vio que Mónica Juárez ya estaba en su sitio en la mesa de la acusación. Mercy Chapa ocupaba la mesa del secretario judicial para cumplir con su empleo de una mañana a la semana. El resto del tiempo era administradora, telefonista y supervisora general de la comisaría del sheriff, y la mano derecha de Stilwell.

Juárez era una mujer bajita, de tez morena. Su cabello negro y rizado enmarcaba un rostro delgado, pero no ocultaba por completo la cicatriz blanquecina que le recorría el lado izquierdo de la mandíbula. Stilwell nunca le había preguntado por ella, pero pensaba que probablemente guardaba alguna relación con el motivo por el que se había hecho fiscal. Tenía unos treinta años y estaba asignada al tribunal superior de Long Beach. Al igual que el juez Harrell, venía a Catalina

una vez a la semana para ocuparse de los casos de la isla, pero ella prefería viajar la noche anterior en el Express, alojarse en el Zane Grey a expensas del condado y luego ir directa al juzgado por la mañana.

—El juez se está preparando —le informó Stilwell—. Probablemente, empezará con Henderson. Después, van los delitos menores. ¿Me necesitarás para eso?

—No, parecen bastante rutinarios —dijo Juárez.

—He ido a buscar al juez y hemos hablado de Henderson. Creo que le va a ofrecer una suspensión de condena si se encarga de hacer el mantenimiento por aquí durante unos meses.

—Se lo acusa de posesión de arma.

—Técnicamente, sí. Pero estaba robando su propia arma. No la llevaba consigo.

—¿Y lo crees?

—Sí, porque la víctima, su ex, reconoció que tenía el arma de Henderson y que no se la devolvió cuando lo puso en la calle. Su declaración está ahí.

—Todavía no la he visto. Acabo de empezar a mirar el expediente.

Stilwell se dio cuenta de que la fiscal no había hecho los deberes la noche anterior en el Zane Grey.

—Bueno, ya llegarás. Te dejo que lo leas mientras voy a ver cómo le va al juez.

Lo que realmente quería hacer Stilwell era ejecutar la orden de registro que Harrell había firmado. Volvió al ala del edificio que albergaba la comisaría del sheriff y vio a Ralph Lampley en la sala de trabajo, comiendo una magdalena de arándanos en el escritorio que compartía con los otros ayudantes del sheriff. Lampley era el más veterano de la comisaría de Catalina y la razón de que estuviera en la isla era que el Departamento del Sheriff lo consideraba un lastre en los

distritos de alta criminalidad. Aunque solo tenía veintiocho años, ya había estado involucrado en dos muertes por disparos mientras patrullaba en el condado de Los Ángeles. Ambos casos habían acarreado demandas por homicidio culposo, que en ese momento continuaban en litigio y en las que había en juego decenas de millones de dólares. El departamento lo había exculpado en investigaciones internas, porque, de lo contrario, las demandas resultarían indefendibles. A Lampley se le permitió conservar su placa, pero lo trasladaron a la unidad de la isla Catalina, donde confiaban en que mantendría su arma enfundada. Se rumoreaba que iban a despedirlo en cuanto se resolvieran las demandas o se alcanzara un acuerdo prejudicial.

—Lamp, ¿por qué no estás en la calle? —preguntó Stilwell.

—Porque el puto Fernando pasó de cargarme el bugui —dijo Lampley—. Estoy esperando a tener al menos media carga antes de salir a la calle.

Se refería al vehículo utilitario de trabajo que compartía con el ayudante del turno de noche. En otras circunstancias, Stilwell se habría enfadado con Ángel Fernando por no cargar el carrito al terminar su turno esa mañana. Era la tercera vez en un mes. Era el último ayudante llegado del continente, donde no patrullaban en carritos de golf eléctricos, y tenía la costumbre de olvidarse de cargarlo al final del turno. En lugar de centrarse en la falta de atención de Fernando a las rutinas de su trabajo, Stilwell vio la oportunidad de salir de la comisaría.

—Vale, entonces, ¿puedes terminar ahí y encargarte del tribunal esta mañana? —le preguntó a Lampley—. Tengo que ir a entregar una orden de registro y necesito que alguien lleve a Kermit al tribunal una vez que el juez esté en el estrado.

Lampley habló con la boca llena de magdalena.

—Sí, yo me encargo —dijo—. ¿Esa orden es para el caso de mutilación?

—Sí —contestó Stilwell—. Pero no se lo digas a nadie.

—Claro. Vaya, sargento. Yo me encargo del tribunal.

—No creo que tarde mucho. Una vez que tengas una carga decente, pregúntale al juez si quiere que lo lles a su barco después del juicio.

—Lo haré.

Stilwell salió de la comisaría, tomando mentalmente nota para volver a recordar a Fernando que dejara el carrito de patrulla cargándose al final del turno. Como sargento detective asignado a la comisaría de Avalon, Stilwell era la máxima autoridad policial de la isla. Esa distinción acarrea una serie de labores administrativas y de organización que aceptaba a regañadientes. Tener que recordar a un ayudante del sheriff veterano que enchufara su carrito de golf al final de su turno no era una de sus tareas favoritas.